

PREGÓN DEL CINCUENTENARIO DE LA HERMANDAD DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL AMOR Y DE LA PAZ

Señor Presidente y Junta Directiva de la Hermandad del Santísimo Cristo del Amor y de la Paz, hermanos mayores y directivos de cofradías y hermandades penitenciales de Salamanca, hermanas y hermanos del Amor y de la Paz, cofrades, queridos amigos todos: gracias por estar aquí en este momento tan emocionante del Cincuentenario de nuestra querida Hermandad.

Antes de leer mi Pregón del cincuentenario, permitidme que le dé las gracias a Paco Gus Cuesta de Reina, amigo y hermano, al que tanto quiero, por sus palabras, al venir de uno de los máximos expertos de la Semana Santa, no solo de Zamora sino de España.

En segundo lugar, muchas gracias a la Hermandad y a su Junta Directiva por invitarme a pronunciar este Pregón: se lo agradezco en el alma. No en balde algo tengo que ver con su nacimiento.

Finalmente, permitidme que se lo dedique a quienes más quiero: Isabel, Jacobo, Carlos, Marta y Ángel, como pequeña compensación por tantos ratos que dediqué a la Semana Santa y se los robé a ellos.

Procedo, pues, a la lectura de mi Pregón del cincuentenario de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz:

50 años son muchos y al mismo tiempo apenas son nada. He tenido la suerte de vivirlos y me parece que todo sucedió ayer. ¿Lo recuerdas, Miguel Ángel? Un 2 de febrero de 1971, en un domicilio particular en la calle Correhuela nº 4, 1º izquierda, unos amigos nos reunimos para celebrar un cumpleaños, qué

más da de quién, y allí estáis, estamos, tú, Miguel Ángel Martín Torrecilla, conocido por su nombre taurino de “El Revista” y varios amigos más, casi todos alumnos en el tercer curso de la Facultad de Derecho de Salamanca, de diversas nacionalidades: el guineano Antonino Masoko, el boliviano Antonio Mariaca que años después será embajador de su país en España, el antiguo combatiente en el Vietnam Lorenzo Coppeman...y el padre David de la Calzada, la mano de Dios aquella tarde, donde sucedió lo inesperado y que nadie podía prever.

Hablamos de todo: de política, de fútbol, de la universidad, de religión, y en términos críticos porque no éramos conformistas, creíamos en la democracia para nuestros países y nos expresábamos sin remilgos. De ahí que sonara insólito (a nosotros nos lo pareció) que el capuchino David de la Calzada, de pronto y sin venir mucho a cuento, nos hiciera una petición: “¿Podrías hacerme un gran favor? Soy el capellán de la hermandad de los comerciantes y está a punto de desaparecer, ya no sacó el año pasado su procesión del Perdón que llega hasta la cárcel de donde libera a un recluso, y temen que en este no pueda salir tampoco la de Jueves Santo. ¿Os comprometeríais vosotros a ayudarles y sacar ambas procesiones? Se hizo un silencio, pues allí nadie tenía nada que ver con ese mundo, nadie había salido en una procesión, y nadie sabía de qué iba la cosa. Con su voz convincente y su mirada cordial, el padre David de la Calzada nos lo imploraba. Me di cuenta enseguida que todos los que allí estábamos poco podíamos hacer, pero me atreví a decirles: amigos, echemos una mano al padre, que nos dejen los hábitos y sacaremos esas procesiones, aunque no sepamos de qué va la cosa, a lo que unánimemente apoyaron: sí, vamos a hacerlo.

Fue la mano de Dios: lo que voy a contar a continuación es la prehistoria de una Hermandad que entonces no tenía ni nombre,

ni objetivo, ni iglesia, ni imagen, ni itinerario, ni siquiera un proyecto. Cuanto sucedió, insólitamente, milagrosamente, era imprevisible, ¿fue fruto de la casualidad o fue algo más? Pero por qué no contamos qué sucedía en el mundo semanasantero salmantino, para entender cuál era el ambiente en aquellos días de 1971.

Corrían malos tiempos para la Semana Santa de Salamanca. Tras el Concilio Vaticano II, pareció que un huracán hubiese determinado que la celebración popular de la Pasión tuviese los días contados. Una detrás de otra, habían desaparecido la hermandad del Cristo del Amparo que hacía su salida desde la parroquia del Carmen y estaba asociada al mundo sanitario; la cofradía de los excombatientes, con sede en la iglesia parroquial de San Juan de Sahagún, y que se vio primero expulsada de su sede para recalar y dar sus últimas bocanadas en la iglesia de San Sebastián; de San Esteban dejó de salir el lunes Santo la procesión del Cristo de la Buena Muerte, y de este mismo templo el Domingo de Ramos, un año antes, también lo había hecho la hermandad del Cristo del Perdón. Parecía que todo se acababa. Incluso el Miércoles Santo, al coincidir con la retransmisión de partidos de la Copa de Europa, se suspendió algún año la procesión de Jesús Flagelado, por falta de penitentes.

¿Quién daba un duro por aquella Semana Santa? Nadie. Se veía como un rescoldo cuasi medieval del pasado. Y los curas le habían vuelto la espalda, casi todos, con honrosas excepciones.

Estábamos en enero de 1971. Tras la celebración de la Navidad, y ante la próxima Semana Santa, apareció en el diario “La Gaceta Regional” un breve artículo, firmado por el periodista Alfonso Hortal, conocido crítico taurino con la firma de Don Lance, encabezado por un titular llamativo: “La juventud vuelve la espalda a la Semana Santa”. Leí aquella columna, muy bien escrita, por cierto, en la que se pregonaba el descanse en paz de

la misma, con un trasfondo esencial: las procesiones van a acabarse, y se refería a algunas de las antes mencionadas, porque los jóvenes no quieren saber nada de unas celebraciones trasnochadas, casi esperpénticas para la época. Era un texto demoledor, pero que me planteó varias preguntas, a mí, ajeno a ese mundo: ¿era así o tal vez las cofradías penitenciales salmantinas no se habían actualizado dando paso a esos jóvenes aparentemente indiferentes o incluso hostiles a esos modos tradicionales semanaseros, contaban con ellos, les dejaban paso? Sin saber casi nada y por pura intuición, me aventuré a pensar que el periodista Hortal se quedaba en las fáciles apariencias, sin entrar en las causas profundas-

Y es en ese contexto cuando el 2 de febrero tiene lugar, sin imaginárnoslo ninguno de los implicados, el arranque de una Hermandad que todavía no existía y que por nuestra imaginación nunca había pasado crearla.

A los pocos días de la reunión, recibo una llamada del padre David: he hablado con los comerciantes y quieren hablar con vosotros, el próximo martes por la noche, en el convento de los capuchinos; estarán presentes en la reunión los hermanos mayores del Perdón y del Cristo de la Agonía, yo creo que están muy interesados, me dijo, y que la cosa va a cuajar.

Se lo comunico a Miguel Ángel, pues de todos los amigos presentes en la fiesta del 2 de febrero, es el que ha manifestado mayor interés, y nos disponemos a asistir. Pero no sé cómo justificarlo, porque no le encuentro explicación, de pronto le digo: Miguel, ¿y si a propósito de esta situación inesperada, que ni tú ni yo hemos propiciado, tenemos la oportunidad de crear una nueva hermandad, centrada en los jóvenes e influida por las nuevas ideas del Vaticano II? Sin buscarlo, le arrojo el guante y Miguel lo recoge: vamos adelante, a ver qué pasa, porque ni tú ni

yo hemos estado en ese mundo y no sabemos lo que puede dar de sí.

En los días siguientes, comenzamos a pensar. Lo primero, está claro, es encontrar una parroquia donde acojan el proyecto porque les parezca que merece la pena. No concebimos una hermandad desligada de la vida parroquial, es un contrasentido que ambas no sean convergentes. Decidimos acudir a la parroquia de San Sebastián, en lo que influye que de ella depende la iglesia de Santiago, contigua al Puente Romano, y nos parece una sede ideal para que de la misma arranque nuestra procesión. Visitamos al párroco, D. Lorenzo, con la esperanza de que sea receptivo puesto que él me bautizó y conoce a mi familia. El bueno de D. Lorenzo nos acoge bien, pero nos quita la idea inmediatamente: Ya tengo a los excombatientes aquí y no quiero más cofradías, ayudadles a ellos y olvidaros de vuestro proyecto.

No lo voy a negar: se nos vino el cielo encima. Cuando tras la conversación volvíamos por la calle de la Rúa, lo tuvimos que reconocer: fue un sueño, hay que olvidarse de él. Y mientras rumiábamos nuestra frustración se produce lo inesperado, de pronto recuerdo: Miguel, más allá del Puente Romano hay una iglesia, no he estado nunca en ella pero nada perdemos por acercarnos, probemos. Era sábado, no lo olvidaré, nos encontramos abierto el templo porque iba a celebrarse la misa. Nada más entrar y desde el fondo le digo: Miguel, Cristo tenemos, porque vimos en un altar lateral la imagen de un Crucificado. En el altar mayor, hay un pequeño sacerdote con sotana conversando con un feligrés. Nos presentamos y en tres minutos le explicamos nuestro proyecto. En treinta segundos, tras escucharnos, nos dice: Contáis con mi apoyo, esta parroquia os recibe, poneros a trabajar y si resulta, esta es vuestra casa y vuestra sede.

No lo olvidaré. Se llamaba Rafael Sánchez Pascual, un hombre bueno y humilde, y sin cuya presencia, no existiría la Hermandad. Nos ayudó, nos orientó, se comprometió al máximo. Que Dios le bendiga y que desde el cielo siga velando por su Hermandad.

Al volver atravesando el Puente Romano, Miguel me pregunta: ¿y cómo nos llamaremos? No lo había pensado y sin dudarlo un momento le digo: Hermandad del Cristo del Amor..., hago una pausa y completo...y de la Paz.

Todo se ha puesto en marcha: un proyecto incipiente de una nueva hermandad anclada en dos ejes: los jóvenes serán su vivero y aplicaremos los nuevos aires que circulan en la Iglesia desde el Vaticano II; contamos con una sede, una parroquia transtormesina que se adecúa a una hermandad que mira a los pobres y humildes como su gran reto pastoral; solo nos falta que haya respuesta entre esos jóvenes, cosa en la que confiamos, y proveernos de hábitos para nuestra primera salida a la calle. No tenemos ni un duro, pero sí toda la ilusión del mundo.

Como propuesta práctica, acordamos proponer a los comerciantes que sacaremos sus dos procesiones y ellos nos confeccionarán 50 hábitos para todos nuestros amigos, con los que iniciaremos la aventura de poner en marcha una nueva hermandad en la Semana Santa de Salamanca.

Y a los pocos días tiene lugar el encuentro. En la salita de reuniones de los capuchinos, nos esperan, junto al padre David, tres personas: Julián Moneo, comerciante y hermano mayor del Cristo de la Agonía, Jesús Rivas, abogado y hermano mayor del Cristo del Perdón, y Bernardo San José, comerciante y directivo de ambas. Quieren saber si nuestro compromiso es firme, a lo que asentimos, y les ofrecemos la participación de 50 jóvenes en ambas procesiones, a lo que nos responden que solo pueden afrontar económicamente la confección de 25 hábitos. Lo

aceptamos, tras confesarles el proyecto inesperado en que nos hemos embarcado, y salimos de la reunión.

Aquí comienza el itinerario de una nueva hermandad penitencial. Solo Miguel y yo lo sabemos. Somos conscientes de que necesitamos más hábitos. ¿De dónde sacarlos? Pensamos y llegamos a una conclusión: no tenemos ni un céntimo y esto solo será realizable si nos ceden sus hábitos quienes disponen de ellos. Una primera idea es acudir a los responsables de alguna de las cofradías desaparecidas, tal vez ellos dispongan de lo que necesitamos. Y visitamos al comerciante de tejidos Agustín Farizo, quien era el último resto de la hermandad del Cristo del Amparo. Le explicamos nuestro proyecto, nos atiende amablemente y con interés y nos da lo que con tanto afán buscábamos: guardamos 50 hábitos, podemos dejároslos para que saquéis la procesión. Se nos abre el horizonte, pero aún nos parecen insuficientes. ¿Adónde acudir?

Nos sobreviene la idea: hay que pedirselos a los conventos donde se utilicen hábitos blancos. ¿Nos ayudarán o pensarán que somos unos frikis alucinados al querer levantar una cofradía en pleno siglo XX? Quiero subrayar aquí y ahora nuestra sorpresa por el cariño y el afecto con que acogieron nuestra propuesta. Carmelitas calzados y descalzos se comprometen a cedernos cuarenta de sus hábitos, y cuando acudimos a los mercedarios, el prior nos dice que los 15 hábitos de los religiosos que viven en el convento los necesitan para el Jueves Santo pero que nos los cederán si acudimos a recogerlos tras los oficios y nos comprometemos a devolverlos el Viernes Santo para celebrar los de ese día.

¡Ya tenemos a nuestra disposición 125 hábitos!, nos parece imposible, pero ha ocurrido: a quienes hemos acudido no solo nos han recibido educadamente, sino que se han comprometido con nuestro proyecto y nos han animado a proseguirlo.

Las bases ya están puestas, contamos con la infraestructura imprescindible para ir hacia adelante: una iglesia con un párroco que nos apoya, una imagen de un Cristo y unos hábitos para cada nuevo cofrade. El proyecto se convierte en algo sólido, vamos a realizarlo: sin medios económicos de ninguna clase, sin un grupo numeroso que lo apoye, es una idea que hemos lanzado y va tomando rápidamente cuerpo.

Pescamos en nuestros ambientes: la Universidad y la enseñanza secundaria, el mundo taurino, los jóvenes del Barrio de la Vega y el Arrabal. Sin dificultad, todo lo contrario, se unen al proyecto personas de lo más diverso. Recuerdo ahora al pintor Manolo Asenjo, al matador de toros colombiano Pedrín Castañeda y a los novilleros Jesús Muñoz y Paco Collado, al actor Vicente Hernán, y a tantos otros.

El hecho de la pobreza de medios no nos arredra sino todo lo contrario. Inspirándonos en la cofradía zamorana de las capas pardas, resolvemos que acompañaremos al Cristo con un farol. Pero dónde conseguirlos. Nos falla la cofradía zamorana, a la que le pedimos un préstamo por ese año, y al no conseguirlo acudimos a nuestros familiares de Aliste y Piedrahita, para que los vecinos de esas comarcas de Zamora y Ávila, nos los cedan. Entre unos y otros recolectamos 100 faroles.

Volvemos a ver a D. Rafael y con todo el entusiasmo le comunicamos que estamos en condiciones de salir en la Semana Santa de ese año.

Queda casi lo último: decidir el itinerario, será largo, nos decimos, saldremos a las once de la noche y llegaremos hasta la Plaza Mayor, tras atravesar el Puente Romano, Tentenecio y la Rúa, con regreso en sentido contrario. En ese momento, Miguel me recuerda: hemos dicho que seremos una hermandad distinta, que estaremos cerca de los más pobres, eso hay que reflejarlo en

la procesión. Y cómo, le pregunto: pasando por el lugar más marginado de la ciudad, el Barrio Chino. Me parece coherente con nuestro propósito fundacional y dejamos cerrado el itinerario.

Nosotros, que no sabíamos nada del mundo en el que nos habíamos metido, recibimos enseguida una comunicación: no podéis salir a la calle si no os admiten en la Junta Permanente de Semana Santa. Un obstáculo más, nos dijimos, pero si hemos llegado hasta aquí, adelante. Telefono a su secretario, a quien no conocía, se llama Froilán García. Cuando me esperaba todo tipo de problemas, me llevo otra sorpresa: estupendo, adelante, qué día habéis elegido, el Jueves Santo por ser el día del Amor Fraternal, de acuerdo, pero no nos va a dar tiempo a incluíros en el programa de procesiones, no importa D. Froilán, lo importante es empezar, pues adelante, tenéis las puertas abiertas.

Hasta aquí, la prehistoria de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz, que os he relatado como lo que fue: la aventura de dos jóvenes que, sin pretenderlo, pusieron en marcha un proyecto del que ahora se cumple medio siglo. Me ha parecido interesante pormenorizar la historia, aunque quiero dejar bien claro que ni Miguel ni yo le concedíamos al desfile procesional la máxima importancia, pero teníamos claro que era el banderín de enganche para constituir una hermandad que viviera el cristianismo durante todo el año, en la que los últimos de la sociedad fueran los primeros para nosotros. Pensábamos, y yo lo sigo pensando hoy que el gran mal de las cofradías penitenciales era que muchas veces absolutizaban lo menos importante: la procesión, la estética, el folclore, olvidando lo esencial: la vivencia del Evangelio en nuestra vida cotidiana y en los actos congregando a todos los hermanos: la eucaristía y el sacramento de la reconciliación y la solidaridad con quienes lo pasaban muy

mal, entonces y ahora. Porque, aunque las cosas han cambiado, no lo han hecho tanto.

La historia: Comienza en ese momento nuestra historia. El sábado, víspera de Domingo de Ramos, convocamos en los locales parroquiales la primera asamblea de su historia. Junto a nosotros dos está D. Rafael, manifestando un apoyo total, y más de cien jóvenes, ilusionados por lo que está a punto de nacer.

Hacemos publico nuestro propósito: esta va a ser una hermandad penitencial nueva, en la que lo más importante no va a ser su procesión sino la actividad que despliegue a lo largo de todo el año en tareas sociales y de caridad: la procesión a la que vamos a denominar marcha penitencial será la culminación de esos 364 días oscuros, pero tan importantes cristianamente. Les decimos que queremos volver al origen de las cofradías medievales: ligadas a los gremios, profundamente sociales, al tiempo que religiosas porque nuestro guía es Jesús el Señor, a Él le seguimos y queremos imitarle. Culto y caridad, indisolublemente unidos, serán nuestra razón de ser.

Enseguida nos preguntan por las características de la procesión. No les engañamos: hemos hecho lo que hemos podido y, por no tener, no tenemos ni unas andas para el Cristo. D. Rafael nos había advertido que ha recibido durante ese tiempo visitas de jóvenes interesados por el proyecto en ciernes. Uno de ellos, Sebastián Santos “Chanete”, se ofrece a conseguir, en los escasos días que faltan para salir, un paso que se encuentra en la Clerecía y que en su día se utilizó en la procesión del Sagrado Corazón.

Es increíble, nos decimos Miguel y yo, lo tenemos todo, bueno, casi todo, nos faltan flores para adornar al Cristo, nos falta luz para iluminarlo. Acudimos de nuevo a la Hermandad de los comerciantes, que tanto nos ayudaron entonces: no os

preocupéis, todas las flores que adornan nuestras imágenes os las reservaremos para que las recojáis al acabar la procesión de la tarde de Jueves Santo. Y así fue: a las diez de la noche, los nuevos cofrades que acababan de sacar al Cristo de la Agonía, recolectan sus flores para adornar al Cristo del Amor y de la Paz. ¿Y la luz? Un amigo, Pepe Zarza, años más tarde presidente de la Cámara de Comercio de Salamanca, al saberlo nos dice que llevará su furgoneta de La Revoltosa hasta la iglesia y nos dejará la batería para iluminarlo.

Es Jueves Santo, 8 de abril de 1971. Los medios informativos locales se han hecho eco de esta nueva hermandad que va a salir a la calle hoy. En la hemeroteca está el artículo con que nos presentamos a Salamanca: quiénes somos, qué pretendemos, por qué estamos aquí.

Todo está preparado, pero amenaza lluvia, es inminente. Lo tenemos claro: saldremos sea como sea, llueva o diluvie, pero saldremos. Y así fue: a las once en punto de la noche, acompañados por el solo ruido sordo de veinte tambores, el Cristo del Amor y de la Paz, aquella bella imagen desconocida para muchos, sale a las calles de Salamanca por primera vez portado a hombros de veinticuatro jóvenes hermanos. Unos pocos cientos de personas esperan nuestra salida, somos conscientes de que vamos a hacer el recorrido en una práctica soledad, pero nos decimos, lo nuestro no es un espectáculo: vamos a testimoniar nuestra fe, no a exhibirnos.

Al entrar en el Puente Romano la lluvia arrecia, tapamos al Cristo con un plástico, y la luz se apaga. Así será casi todo el trayecto, cuatro horas, silencio absoluto, recogimiento, miradas de los espectadores como sorprendidas de que esté ocurriendo lo que ven. Tras pasar la Plaza Mayor, con el cansancio ya presente, entramos en el Barrio Chino, apenas unas bombillas iluminan nuestro paso. Y de repente, se produce otra sorpresa, para mí la

más emocionante de aquella noche: desde un balcón de una humilde casa una mujer comienza a cantar una saeta, y en ese mismo instante la luz ilumina de nuevo al Cristo. ¿Casualidad o no? Días después, nos informan de que la señora es una prostituta que ejerce su oficio en el conocido barrio. No lo niego: pensé inmediatamente en ese pasaje del Evangelio en que Jesús afirma y escandaliza a los biempensantes de entonces y de ahora mismo: “Las prostitutas os precederán en el Reino de los cielos”.

El cansancio hace mella en los jóvenes hermanos, contemplados con conmiseración por los escasos espectadores, hasta el punto de que cerca de nuestra iglesia varios vecinos del Barrio de la Vega que nos habían acompañado durante el trayecto se prestan a ayudar a cargar al Cristo en el final de la marcha. Así sucede y, en silencio y profunda devoción, cerramos aquella primera salida, inolvidable en la memoria de quienes participamos en ella.

Una semana más tarde, el segundo Domingo de Pascua, volvemos a reunirnos todos en la que será la primera Junta General de la Hermandad. Hay que nombrar una Junta Directiva que se haga cargo de la gestión y ponga en práctica el programa que incipientemente habíamos pergeñado Miguel y yo. No tenemos Estatutos y de un modo sencillo elegimos a quienes van a dirigir la Hermandad durante un año. Me imagino que por ser uno de los fundadores me eligen como presidente. El guineano Arturo Di Luasa es elegido vicepresidente. Entran en la primera junta otros jóvenes que con el tiempo jugarán un papel decisivo en nuestra historia. En la reunión participan personas tan significativas en los años siguientes como José Manuel Casado, Daniel y Coque. Un año más tarde dejo la presidencia y pasa a ocuparla Manolo González, al que seguirán en el futuro muchos otros que dirigirán la nave de la Hermandad. Para ellos, mi gratitud por su servicio.

Quiero detenerme en este punto. Tengo claro, y lo subrayo, que sin fundación no existirían las hermandades y cofradías, pero también que este es el primer momento de una historia, de una tradición que se forja en décadas y, como ahora mismo celebramos, en medio siglo. Todos esos momentos son importantes por igual, constituyen la tradición. El más humilde hermano o hermana, con su participación, es tan importante o más que cualquiera de sus fundadores. No olvidemos nunca tampoco la advertencia de nuestro Maestro: “El que quiera ser el primero, que sea el último, pues los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos”. No hay que mitificar el origen de una hermandad, fue como lo he relatado, los hechos desnudos fueron esos, nadie se dio importancia ni se creyó superior por intervenir en el mismo. Cada día posterior, incluso los más aciagos y los ha habido, es tan importante como el primero, y por eso estamos aquí reunidos, gracias a tantos pequeños esfuerzos.

En este recuerdo de nuestros orígenes, no quiero olvidarme de tres acontecimientos. Uno es que la hermandad se arremangó y comenzó a ejercer su labor social de inmediato, por ejemplo, con la celebración de Jornadas Culturales en diversos barrios, como La Vega, San José, el Puente de Ladrillo, llevando cine, teatro, conferencias a los mismos.

El otro, por su importancia, lo relataré con mayor detenimiento. De aquellos 125 jóvenes iniciales, no todos se quedaron y hubo que iniciar un trabajo de captación que fue arduo. Ante esa dificultad, una tarde en la Plaza Mayor, el directivo y hermano mayor de paso, Sebastián Santos “Chanete”, me plantea una iniciativa: “Estamos buscando nuevos hermanos y he tenido el ofrecimiento de varias amigas que querrían ser hermanas, pero con todos los derechos, también el de participar en la procesión llevando el hábito, creo que merece la pena luchar por ello”, le

digo que adelante pero que tenemos que pedir la autorización a la Junta Permanente de Semana Santa, que no sé cómo lo recibirán, pero que en la próxima a celebrar lo defenderé. Confieso que tuve todas las dudas del mundo de que los veteranos hermanos mayores de las cofradías lo aceptasen. Y una vez más, ocurrió lo inesperado. Froilán, Calzada Galache, Primo Ramos, Julián Moneo y los demás miembros de la benemérita institución, no sólo no se opusieron, sino que recibieron la idea como algo que podía ayudar a revitalizar la todavía mortecina Semana Santa salmantina.

Resalto este acontecimiento porque la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz fue, si no la primera de España, una de las primeras que abrió sus puertas en absoluto pie de igualdad a las mujeres, y creo que debe subrayarse porque le honra. Esas mujeres -alguna de las cuales como Marisa Beltrán jugarían un relevante papel en nuestra historia-, durante mucho tiempo acompañaron con sus faroles al Cristo y años más tarde reivindicaron que en la procesión se venerara también a la Virgen María, llevándola sobre sus hombros, dando lugar al paso de María nuestra Madre, que esculpiera mi inolvidable amigo, el imaginero zamorano Hipólito Pérez Calvo, en cuyo logro jugó un papel fundamental el que durante muchos años fuera Presidente de la Hermandad, Daniel Herrero Fraile.

Tampoco quiero olvidarme de otro momento importante en esta ya larga historia semanasantera, cuando quienes la dirigían en ese momento decidieron incorporar carteles con frases bíblicas impactantes por su contenido social. Eran los estertores del franquismo, no lo olvidemos. Y en los comienzos de la Transición hubo quien lo consideró una provocación política. Nada menos cierto. Era puro Evangelio, anunciando la buena nueva de la salvación y de la justicia, cosa que a algunos les escoció. Tal fue así que en la Semana Santa de 1977 se recibió una orden

gubernativa prohibiendo esos textos en nuestra marcha penitencial. Aún recuerdo la respuesta de la Hermandad aquel Jueves Santo: salimos a la calle con carteles en blanco. Las calles estaban abarrotadas y todo el mundo entendió el gesto de protesta que suponía. Dirigentes de la Hermandad, recuerdo ahora a Adolfo Cruz, tuvieron que comparecer en instancias policiales por aquel atrevimiento y lo hicieron con humildad y valentía.

Y en esos recuerdos no puedo obviar tampoco cómo la Hermandad crea una procesión singular, el Cristo de la Liberación, que cierra el Viernes Santo, un Cristo muerto que durante el año recibe culto en la capilla de nuestro Cementerio y que ha conseguido despertar gran devoción entre los salmantinos. Es una procesión distinta, presidida por el silencio y cantos penitenciales, que estremece a quienes la contemplan, y que le debe todo a Daniel.

Y por qué no añadir como hitos significativos de nuestra historia el Via Crucis de las Dueñas, iniciativa de nuestro querido e inolvidado amigo Bernardo Martín Senén, o las 7 Palabras de Cristo en la Cruz en San Juan de Sahagún.

No, hermanas y hermanos, la Hermandad no ha perdido el tiempo en este medio siglo. Pese a momentos difíciles, ha hecho y ha hecho bien su tarea, y tiene motivos de sobra para sentirse orgullosa de la misma. ¿Cómo pasar de largo ante el hecho que fuimos el acicate que sacó de su letargo a la Semana Santa de Salamanca, al incorporar a los jóvenes y abrir la puerta a las mujeres? ¿Cómo no recordar que fuimos sin saberlo testigos de la denuncia profética en nuestra marcha penitencial? Hicimos lo que teníamos que hacer, pero lo hicimos. Recordarlo es motivo de alegría y orgullo para todos nuestros hermanos y hermanas.

El futuro: el futuro, hermanas y hermanos del Cristo del Amor y de la Paz, empieza hoy. Pero no olvidéis nunca la condición de vanguardia de nuestra querida hermandad en sus orígenes y a lo largo de su historia. La Hermandad no puede acomodarse nunca, tiene que estar en el filo de la navaja, pues así nació y esa es su condición. La juventud de sus miembros y su papel dirigente, tiene que persistir. Su compromiso eclesial ha de ser bandera que nunca se arríe: no olvidéis que una Hermandad o cofradía no es solo una procesión, y que esta es la guinda del pastel que se ha cocinado durante todo el año.

Vivimos tiempos difíciles, tiempos distintos a los que contemplaron su nacimiento, en los que el secularismo se ha apoderado de nuestra sociedad y en los que hay que dar la cara como cristianos, pues eso somos los cofrades, o qué somos si no. No somos actores que escenificamos un teatro sacro, somos creyentes que hacemos manifestación pública de nuestra fe, sin soberbia, pero sin complejos. Somos seguidores, discípulos de nuestro único Maestro, Jesús de Nazaret, y lo decimos sin miedo y con orgullo. Él llena nuestras vidas, les da sentido, nos abre horizontes, en nuestros peores momentos está siempre ahí y esto no debemos perderlo de vista porque es lo fundamental.

No os conforméis con hacer procesiones bonitas, para eso no nacieron las cofradías penitenciales, la nuestra desde luego que no. Nacieron para evangelizar y ser evangelizados. Y hoy más que nunca son necesarias, cuando muchas personas ni siquiera saben o identifican en un cuadro o una imagen a Jesucristo. Nosotros, al salir a la calle, se lo recordamos y les suscitamos preguntas, que tal vez, ojalá, les cambien su vida y el gris rumbo de sus existencias.

Y todo ello como fruto de la vida fraterna en la Hermandad, a la que tanta atención han dedicado los últimos presidentes, Rodolfo, Alejandro y ahora Manolo, expresada de muchas

formas, pero sobre todo con la celebración de la Eucaristía y la práctica de la caridad, esa virtud tan en desuso hoy en día y que a muchos les escandaliza hasta su nombre. Ayudar a los más necesitados, en un mundo con tantos tipos de pobreza, en una sociedad en que la esperanza brilla por su ausencia. Vivir la fe, tener la experiencia de Dios, no quedarse en lo externo: si es así, se reflejará en nuestra marcha penitencial, donde exteriorizamos lo que vivimos.

Recordad por un momento, la imagen del Cristo del Amor y de la Paz. Es un ajusticiado que muere con una mirada dulce y feliz, con el sentimiento de haber cumplido con su deber. No es un Cristo trágico, es un Cristo glorioso y resplandeciente en la cruz.

Recordad que cuando estemos en nuestro lecho de muerte, y ya varios hermanos nuestros han pasado por ese trance, como nuestro amigo Pepe Novedades, y están en el Cielo: en ese momento crucial, Él estará junto a nosotros, acompañándonos, tendiéndonos su mano, abriéndonos el camino en la procesión más importante de nuestra vida. Vendrán en ese instante a nuestra memoria momentos como el paso por el puente Romano, la subida de Tentenecio, la entrada en la Catedral, y tantos otros, y sentiremos en esa dura situación que mereció la pena ser hermano o hermana del Cristo del Amor y de la Paz.

Pero no olvidéis que no acompañabais a unas imágenes, sino que era Jesús el Señor y su Santísima Madre, quienes estaban a nuestro lado: no las imágenes sino ellos vivos y gloriosos, que ahora nos acompañan, en el momento decisivo de nuestra existencia, con la seguridad de que estamos salvados no por nuestros méritos, siempre insuficientes, sino por la gracia y misericordia de Jesucristo, muerto y resucitado para nuestra salvación.

En ese momento, os daréis cuenta, nos daremos cuenta de que nada fue tan importante en nuestras vidas como sentir la brisa fresca del amor y de la paz que solo Cristo es capaz de transmitir.

Muchas gracias y larga vida a la Hermandad del Santísimo Cristo del Amor y de la Paz.

Ángel J. FERREIRA

Salamanca, 26 de marzo de 2022